

él iban dirigidos algunos de aquellos pliegos.

El resto del proceso estaba formado con mi correspondencia amorosa y mis versos que componian en aquella época todo mi archivo particular.

Francisco Trejo, no obstante, fué sentenciado á sufrir la pena de muerte.

.....
 Yo se había escrito con la ley marcial que era tan espantosa en sus procedimientos y formaba los hechos que se referían á algunas formulas de los manuscritos.

Y efectivamente, no había prueba alguna en que pudiera fundarse la condenacion del Lic. Francisco E. Trejo.

Los documentos agregados á la causa eran unos cuantos firmados por Echeagaray, por mí, por Julio García con el nombre en blanco de las personas á quienes iban dirigidos, es decir, carecían de direccion.

La fuerza principal del proceso consistió en haber fallado al correo que debía declarar quien era la persona encargada de repartir aquellos pliegos.

El Trejo, cuando al principio contestó con verdad en los interrogatorios diversos que se le hicieron, después negó cuanto cargos se le hicieron, ó sea, que no era el autor de los pliegos.

Me espasé la garganta tanto y por lo mismo nada pude decir. Si había prometido el nombre de Trejo al correo, era porque había sido el primer correo que se le entregó.

En el curso con Trejo quedé acerbado este punto: ¿cómo se le entregó el correo si el correo estaba en relaciones con el enemigo y mucho más ignoraba si para

.....
 Yo se había escrito con la ley marcial que era tan espantosa en sus procedimientos y formaba los hechos que se referían á algunas formulas de los manuscritos.

Y efectivamente, no había prueba alguna en que pudiera fundarse la condenacion del Lic. Francisco E. Trejo.

CAPITULO XVII.

NUEVOS FRACASOS.

Algunos minutos más tarde, que para nosotros eran siglos, vimos aparecer á Nohel, colocó sus cañones y

Llegamos con nuestro pequeño ejército á las calles de Zapotlan y no observamos ningun preparativo de defensa. Las trincheras estaban abandonadas, los soldados andaban francos, la lluvia seguía.

Rápidamente fué dividida la fuerza en dos columnas: la una de infantería mandada por Echeagaray en persona y la otra de caballería mandada por el Gobernador de Colima: ambas se pusieron en movimiento tomando dos calles paralelas. Zenea con sus tres cañoncitos debía apoyarlas, situándolos convenientemente al desembocar en la plaza.

El doctor y yo nos pusimos al frente de la columna de caballería al lado del gobernador, teniendo cuidado de animar á la tropa arengándola y victoreando á la República.

Atravesamos sin obstáculo las ligeras fortificaciones que se habían levantado y nos vimos prontamente en la plaza sorprendidos de que nadie nos resistiera. Unos cuantos soldados del enemigo que observaron el movimiento corrieron á ocupar las alturas y empezaron á hacernos fuego, pero sin causarnos ningun daño, sin duda por la emocion que les habia producido la sorpresa.

Volvimos impacientes la vista hácia la esquina por donde debia aparecer la columna que mandaba Echegaray, impacientes porque comprendimos que estábamos perdiendo un tiempo precioso, y nos dirigiamos preguntas atropelladas sobre los motivos de aquella inesperada tardanza.

Algunos minutos mas tarde, que para nosotros eran siglos, vimos aparecer á Zenea, colocar sus cañones y disparar dos cañonazos sobre las alturas que ocupaba el enemigo. Un poco despues de haberse practicado esta operacion salió el general Echegaray seguido de unos cuantos, recibiendo un balazo su caballo tordillo, el que quedó muerto en el acto.

Tras este suceso, los cuerpos que iban á la vanguardia, en su mayor parte reclutas, comenzaron á desbandarse trepando en el mayor desorden por los cerros que se encuentran al Oriente de la poblacion.

Entonces Echegaray montado en otro caballo, y algunos valientes gefes secundándolo dignamente, trataron de detener á la tropa desmoralizada, gritándole hasta desgañitarse que no habia motivo para huir, que la victoria estaba por nosotros, pero no habia poder humano que contuviera aquella dispersion, que

muy pronto se hizo general, cundiendo á los mismos dragones que cubrian nuestra retaguardia.

El general Julio Garcia, con exacto conocimiento de la situacion, nos dijo á los que estábamos mas cerca:

—Vámonos retirando de aquí: hemos perdido.

—¡Cómo perdido! exclamé yo, ¿pues no tenemos ya la plaza en nuestro poder?

—El enemigo se ha repuesto ya de la sorpresa, está viendo los cerros cubiertos con nuestros soldados que van en dispersion y nosotros no podemos hacer nada ya con esta caballeria que está queriendo por momentos volver la espalda.

A la vez que hablábamos, los fuegos todos se dirigieron contra nosotros matando á un coronel y dos ayudantes é introduciendo alguna confusion en nuestra columna, muy dispuesta ya á volver caras al enemigo.

Todavía hicimos impulso para organizar á nuestra gente, en las calles, que habia tomado la retirada por una huida, pero la confusion se hizo espantosa cuando se destacaron algunos grupos de la plaza sobre nosotros y entónces la retirada tuvo que hacerse á escape, no consiguiendo reunir ni 50 dragones de los 400 con que habiamos entrado á la plaza.

El desastre no pudo haber sido más completo, ni más irreparable: en un momento habiamos perdido los elementos que con tantos esfuerzos y sacrificios habiamos estado cuidando durante cuatro meses.

Una vez examinada con calma la situacion, convenimos en que era difícil haber triunfado, á pesar de la sorpresa dada al enemigo. Nuestros pobres soldados

estaban empapados completamente y sus miembros entumecidos con el frío, el parque estaba húmedo, y sobre esas desventajas que debieron tenerse en cuenta, se cometió la insigne torpeza de dar la vanguardia del ataque á los piquetes de reclutas que no tenían quince días de haberse puesto la chaca. Si se hubieran formado dos columnas de infantería, mandada una de ellas por el entonces coronel Julio Cervantes compuesta de los soldados veteranos, y otra por alguno de tantos jefes pundonorosos como teníamos, el triunfo hubiera sido tan rápido como infalible; pero se consideró la cosa tal vez más sencilla y ya dije cuales fueron las desastrosas consecuencias.

Eran las cinco de la tarde y estaba aún lloviendo, lo cual impidió que fuéramos seguidos y acabados de destrozar. Pudimos por lo tanto detenernos fuera de la población y recoger algunos dispersos.

A poco seguimos nuestro camino á la hacienda de Huescalapa tristes y muy desalentados.

Poco á poco fuimos alcanzando á nuestros amigos, que una hora antes se encontraban sanos y contentos, y que hoy volvían ó heridos ó moribundos. Allí iba el coronel Merino que llegó á general después y fué vilmente asesinado, el cual había recibido un balazo que entrándole por la boca le había salido por el cerebro. Allí iba el coronel Rodríguez con una bala en el pulmón, que le había entrado por la parte superior del brazo. Allí iba el joven capitán Santa-Anna, que era un tigre en el combate, con el cuello atravesado. Allí iban en fin otros jefes más ó menos lastimados y con el aspecto triste que da la derrota.

En una vuelta que había en el camino me reuní al general Echegaray que iba completamente solo.

—No vuelvo á mandar soldados, me dijo derramando lágrimas de desesperación.

No llegué á saber después si aquel viejo general, modelo de caballeros, cumplió su palabra.

Benito Zenea que había tenido que abandonar en aquella triste jornada sus tres piezas de artillería, iba echando pestes.

A pesar de la lluvia y de haber cerrado la noche, y no sin que se ahogaran en los ríos que estaban muy crecidos algunos dispersos, seguimos caminando penosamente.

Varias veces nos perdimos sin poder encontrar en los ranchos un hombre que nos sirviera de guía.

¡Consecuencias de la guerra vandálica que habían hecho en aquellos sitios nuestros correligionarios!

Por fin á las doce de la noche estuvimos de regreso en Tecalitlan, sin habernos apeado de los caballos en 36 horas.

Las noticias que tuvimos allí, antes de podernos entregar al descanso, no fueron nada tranquilizadoras.

Mientras nosotros atacábamos á Zapotlan, varias fuerzas enemigas habían ocupado nuestra retaguardia y nuestros flancos, recibiendo las primeras órdenes de situarse en un punto ventajoso para impedir nuestra retirada hacia el Estado de Michoacan.

Alguien propuso que nos saliéramos á dormir al campo; pero nuestras ropas estaban mojadas, el tiempo seguía lluvioso y el cansancio nos tenía rendidos,

así es que cada cual se recogió como pudo, dejando que el azar se encargara de fijar nuestra suerte en lo que faltaba de aquella noche.

No hubo novedad y al amanecer el nuevo día pasamos revista á nuestros elementos.

Estábamos allí reunidos unos ochenta hombres entre jefes, oficiales y tropa. Esta última podía componerse de una docena de veteranos.

—¿Qué haremos? le preguntamos á Echegaray cuando estuvimos reunidos los principales jefes en su alojamiento á eso de las ocho de la mañana.

Nos espuso entónces la situación con estas ó semejantes palabras.

—Estamos cercados, según los informes recibidos, por más de mil quinientos hombres, de suerte que sería un delirio pensar en defendernos en esta población. Huir de aquí juntos también sería imposible puesto que no tenemos libre ningún camino. Si nos dispersamos es exponernos á morir como perros, una vez que á varios de nuestros oficiales dispersos los han matado los rancheros animados como están contra nosotros después de los males que nuestros correccionarios les han causado. No tenemos otro recurso sino capitular.

Zenea se sonrió con incredulidad.

Otros dijeron:

—¿Y de qué le sirve ahora al enemigo nuestra capitulación?

Echegaray sostuvo sin embargo esta idea basada en los ofrecimientos que para cualquier tiempo había he-

cho el general Oronoz, y se resolvió en la junta depone las armas por lo pronto siempre que no se nos impusiera condición alguna que fuera indecorosa.

Yo fui el designado para marchar á Colima en desempeño de esta comisión.

Me desagradaba profundamente entrar á aquella ciudad en donde ejercía el cargo de Prefecto el hombre que había servido de verdugo á mi corta familia pero el deseo de sacar á esta de allí y de esforzarme en servir de algo á Francisco Trejo, á quien suponía y con razón en el mayor riesgo, me hicieron aceptar, y marché inmediatamente para Zapotlán con objeto de pedir un pasaporte al jefe que el día anterior nos había derrotado.

Solo cuando estuve en el camino, sin más escolta que la de mi asistente, perseguidos ambos varias veces por los rancheros que andaban recogiendo el botín de nuestra derrota, comprendí la gravedad del encargo que había asumido, tanto más cuanto que ni este podía respetarse tratándose del insignificante número de hombres que representaba.

Por algo han dicho que no hay valor como el de un tonto, ó si se quiere tratarme mejor, que la fortuna ayuda á los audaces.

Yo entré muy impávido á Zapotlán y me presenté sin más ni más al jefe de las armas, que esta vez se encontraba alerta sentado á la puerta misma de su cuartel.

Pocas huellas habían quedado de la refriega de la víspera.

En honor del jefe imperialista que mandada en Zapotlan apellidado Vera, debo decir que me recibió como un cumplido caballero. No solo me expidió el pasaporte que deseaba, sino que me dió alojamiento aquella noche en su propia casa, poniendo á mi disposicion al dia siguiente una escolta de diez dragones al mando de un sargento para que me acompañara hasta Colima ó hasta el punto en que fuera mi voluntad volverla.

Yo preferí llevarla hasta la misma ciudad, para darme aires de triunfador con los elementos del enemigo. Era muy jóven y me hubiera parecido triste una entrada poco ruidosa.

Dádivas quebrantan peñas, dice otro refran, y aunque yo no llevaba recursos muy abundantes, procuré ser muy liberal con mis nuevos compañeros, y á tal punto estaban contentos de mí, que con gusto hubieran abandonado sus banderas y se hubieran ido á defender las de la República si les hubiera dicho que me siguieran.

Llegué á las puertas de Colima á las once de la mañana, mandé que los hombres de mi escolta se sacudieran el polvo, y poniéndome al frente de ellos, entré por las principales calles, haciendo tal ruido, como si quisiera desempedrarlas.

Yo era muy conocido de las principales familias, de suerte que al asomarse á las puertas y ventanas, atraídas por el ruido de los caballos, se hacian cruces al reconocerme.

Lo mismo sucedia con los dependientes de las tiendas, quienes afirmaban que era una persona parecida

á mi el oficial que iba mandando aquella tropa, pues mi actitud, y mi colocacion al frente de los soldados, estaban indicando que no iba allí prisionero sino mandando en jefe. Estas son pequeñeces que alhagan la vanidad de toda clase de hombres.

El mismo sargento de la escolta conocia la casa en que estaba alojado el general Oronoz, así es que no se hizo necesario preguntar á nadie y derechamente nos llegamos al cuartel general

Entregué las bridas de mi caballo al soldado que fué á tenerme el estribo para desmontar, y luego me mandé anunciar como comisionado del enemigo.

—Que pase adelante, dijo el mismo general Oronoz, con voz firme, desde la pieza inmediata.